

# TERRORISMO ISLÁMICO Y GUERRAS DE CUARTA GENERACIÓN

César Vidal Manzanares

*Historiador.*

Suele ser habitual entre ciertos sectores de los medios de comunicación occidentales el realizar una interpretación de los movimientos terroristas – especialmente si desarrollan sus actividades en el Tercer Mundo– que repite, siquiera inconscientemente, el esquema propagandístico de la Internacional Comunista (KOMINTERN) y de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) desde inicios del siglo XX hasta los años noventa. De acuerdo con este esquema –que quizá ha calado tan hondo debido a su aparente simplicidad– los movimientos terroristas se articulan en torno a pueblos desesperados a los que no queda más remedio que recurrir a una terrible violencia para hacerse escuchar. Según esta visión, la miseria, la pobreza y la opresión son la causa verdadera del terrorismo. La realidad, por difícil que pueda parecer tras décadas de propaganda repetida machaconamente, es muy distinta. A decir verdad, si el terrorismo naciera de la combinación de pobreza y opresión, el África Subsahariana sería el mayor foco de actividad terrorista del globo cuando la realidad no puede ser más diferente. Si acaso algo caracteriza a esa parte del planeta –aquejada de males sin cuento, es cierto– es la ausencia en términos generales de grupos terroristas como el Ejército Republicano Irlandés (IRA), ETA o el Partido de los Trabajadores Kurdos (PKK).

El terrorismo ha nacido históricamente de la combinación de varios factores como son el sentimiento de hiperlegitimidad que deriva de un pensamiento totalitario generalmente de signo izquierdista, la consideración de la violencia como un instrumento indispensable para la consecución de unos fines y la

exculpación moral –cuando no glorificación ética– que nace de los dos factores ya señalados. Estas circunstancias explican que el terrorismo haya estado vinculado fundamentalmente a lo largo de la Historia a tres formas de pensamiento que pretenden no sólo ser la verdadera explicación del mundo – en eso pueden coincidir con otras que no han derivado hacia el terrorismo – sino que además consideran que la violencia es un método privilegiado para obtener su expansión. Esas tres formas de pensamiento han sido el nacionalismo, el socialismo y el islam y, de hecho, no existe un solo grupo terrorista en la actualidad en el que no aparezca uno de estos factores no resultando tampoco extraño que se combinen los tres. Si ETA se proclama nacionalista y socialista; si las Fuerzas Armadas Revolucionarias Colombianas (FARC) son socialistas; buena parte de los grupos terroristas islámicos –como los palestinos– se definen además como nacionalistas y socialistas.

Históricamente, también el terrorismo ha distado mucho de ser un fenómeno que pudiera mantenerse sin poderosas ayudas internacionales. Si hasta el año 1990, la URSS –y satélites suyos como Libia, Siria, Argelia o Cuba- fue un factor esencial para comprender la supervivencia de los diversos grupos; a partir de entonces ésta se ha producido gracias a su implicación en actividades ilegales como el tráfico de drogas y el blanqueo de dinero; al apoyo de partidos políticos institucionales o –y éste es el caso del terrorismo islámico– al respaldo de naciones que les proporcionaban dinero, armas, refugio y apoyo logístico. En otras palabras, el terrorismo no es fruto de la miseria y de la opresión sino de una mentalidad totalitaria convencida de la legitimidad de la violencia, una violencia encaminada a aterrorizar al contrario, al que no se combate de manera ni legal ni convencional, hasta obligarle a capitular.

En el caso del terrorismo islámico –como en el caso del integrismo islámico– los historiales de los distintos terroristas confirman de manera pavorosa esta hipótesis. Por regla general, los dirigentes pertenecen a las élites nacionales y no a los estratos populares; su forma de vida es acomodada materialmente; suele ser habitual –aunque cada vez menor por razones cronológicas - la vinculación pasada con distintos servicios del bloque comunista y con países que han acogido a terroristas; y su mensaje –que apela al pueblo– es ejecutado, sobre todo, por gente de clases medias o altas que ambicionan

cambiar el sistema para adaptarlo a su propia y cruenta utopía. De hecho, ni Osama ben Laden ni los dirigentes terroristas de Al Qaeda conocidos hasta la fecha proceden de la miseria sino de segmentos bien acomodados.

Esta circunstancia –la de su pertenencia a las élites y no a las masas a las que, supuestamente, representan y piensan redimir– explica el planteamiento estratégico global de Al Qaeda en particular y del terrorismo islámico, en general, un planteamiento que persigue expulsar a Occidente, cuya escala de valores es indeseable, de la cercanía de los países islámicos, y apoderarse de una serie de lugares que se consideran territorio de una legítima expansión islámica. Entre esos territorios se hallan, por supuesto, Gaza y Cisjordania pero también el continente africano, secciones importantes de Asia como Filipinas e Indonesia y, por supuesto, Al-Andalus, un Al-Andalus cuyo límite norte fijan algunos ideólogos islámicos en Córdoba, Granada o incluso Toledo.

En ese enfrentamiento –nada nuevo pero sí más virulento– el terrorismo islámico no se limita a asesinar inocentes, a enviar a suicidas a inmortalizarse causando la muerte de docenas de víctimas o a entrenar para matar y suicidarse a niños. Por el contrario, ha desarrollado una geoestrategia de lucha larga y prolongada que se centra en la aceptación de la forma de combate conocida como guerras de cuarta generación. Así, Al-Ansar, el órgano oficial de Al Qaeda, publicaría un artículo de Abu Ubeid Al-Qurashi, lugarteniente de Ben Laden en el que, además de reiterar su orgullo por haber perpetrado los atentados terroristas del 11 de septiembre, señalaría las razones estratégicas para esperar una victoria de Al Qaeda en la guerra contra Occidente. El triunfo depende de la puesta en marcha de un nuevo tipo de conflicto armado, el denominado “guerra de cuarta generación”.

Considerado por Al-Quds Al-Arabi como uno de los personajes más cercanos a Osama ben Laden, Abu Ubeid Al-Qurashi es, sin ningún género de dudas, uno de los cerebros más brillantes de la organización terrorista islámica Al Qaeda. Desmintiendo el arquetipo que identifica el integrismo islámico con un conjunto de fanáticos ignorantes y desarraigados, el artículo de Al-Qurashi demuestra que nos hallamos ante un hombre que ha leído y asimilado las teorías estratégicas de personajes de tanta talla militar como William S. Lind, Thomas

X. Hammes o Vincent J. Goulding jr. y que entre sus materiales de meditación no sólo utiliza el Corán sino también la *Marine Corps Gazette, Survival* o *Parameters*. Creyente convencido en la teoría de las guerras de cuarta generación o cuarta fase, Al-Qurashi sostiene en su artículo que, a pesar de la enorme diferencia de medios existente entre la maquinaria de guerra occidental y la islámica, Al Qaeda no sólo puede obtener la victoria sino que, de hecho, la conseguirá.

Las razones para semejante aserto no parecen endebles. En primer lugar, se halla la enorme dispersión de las fuerzas terroristas. Mientras que los ejércitos occidentales son visibles y necesitan complicadas operaciones logísticas para desplazarse, los terroristas islámicos pueden atacar en cualquier parte del globo ocultándose y replegándose. No pueden así ser aniquilados en una guerra convencional, ni pueden ser aplastados en una batalla decisiva. Es cierto que Estados Unidos, Israel y otros países occidentales podrían utilizar una fuerza convencional extraordinaria e incluso recurrir al armamento nuclear pero, en la práctica, tal opción resulta imposible. Ni la opinión pública nacional ni la internacional lo permitirían. Por lo tanto, en el enfrentamiento con el terrorismo sus fuerzas se ven mermadas precisamente frente a un adversario que exige el máximo despliegue.

En segundo lugar, y éste es un factor de inmensa importancia, el terrorismo islámico combate en condiciones muy superiores en el terreno de los medios de comunicación precisamente en el seno de una sociedad, como la occidental, cada vez más mediatizada. Mientras que en las zonas controladas por Al Qaeda o grupos similares resulta imposible por definición contrastar las opiniones emitidas por los órganos de propaganda con la realidad, en Occidente los gobiernos no sólo están fiscalizados por los órganos legales competentes sino también por la opinión pública formada e influida por los medios. Como señala muy acertadamente Al Qurashi, la labor de esos medios equivale a regalar “varias divisiones” a los terroristas ya que en ellos abundan las opiniones y las líneas editoriales que, por sistema, se van a mostrar cercanas a los terroristas retratándolos como luchadores por la libertad, patriotas u oprimidos a la vez que representan a los gobiernos propios, al de Estados Unidos o al de Israel como imperialistas sin escrúpulos.

Este fenómeno inquietante –que hemos vivido en España de manera especialmente acentuada con ocasión de la guerra de Irak– se debe, fundamentalmente, a dos razones. La primera es –no puede dudarse– una especial habilidad por parte de los grupos terroristas a la hora de relatar sus acciones. Si de cara a Occidente pueden presentarse como víctimas, de cara a sus potenciales seguidores aparecen como poderosos vencedores. Tal sería, por citar un ejemplo reciente, el caso de los palestinos en la batalla de Yenín contra Israel. Mientras ante la opinión pública mundial se presentaban como víctimas de un “genocidio”, ante la suya propia se describían como hábiles guerreros que habían sabido arrastrar a las tropas israelíes a una trampa en Yenín en la que serían exterminadas. En Occidente, casi nadie conoció la versión utilizada para uso interno por los palestinos y en muchos casos aceptó la descarada mentira propagandística. Pero junto con la habilidad innegable de los grupos islámicos para manipular a los medios occidentales existe otro factor de enorme importancia y es la adscripción de buena parte de los periodistas a un esquema político absolutamente obsoleto amén de falso nacido ya en los años veinte del siglo pasado a consecuencia de las acciones de la Komintern y consagrado durante el periodo de la guerra fría. De acuerdo con este esquema, Occidente y, de manera muy especial, Estados Unidos aparece como el culpable principal e incluso único de los males que aquejan al Mundo. El hambre, los golpes de Estado, la inestabilidad política, las revoluciones tercermundistas nunca son achacados a la pésima gestión de sus gobernantes, a su filtro marxista-leninista (que, por ejemplo, ha aniquilado la economías del Tercer Mundo), a las acciones de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) (que está en la raíz de la deuda externa del Tercer Mundo) o a la influencia de religiones como el islam. Por el contrario, se considera que cualquier grupo armado anti-occidental por ese simple hecho se halla cargado de razón mientras que cualquier respuesta de Occidente para defenderse es ilegítima, inmoral e incluso, como se ha repetido mucho en los últimos tiempos, ilegal.

Esa perversión de raíces ideológicas explica que periodistas, creadores de opinión y políticos puedan afirmar sin sonrojo que Bush es un personaje mucho más peligroso que Saddam Hussein o Ben Laden, de la misma manera –no lo

olvidemos— que en 1940, siguiendo los dictados de la Komintern de Stalin, los partidos comunistas sostenían que Churchill y Roosevelt eran mucho más peligrosos que Hitler, el dictador germánico con el que la URSS había suscrito un pacto en agosto de 1939. Que el “telón de acero” haya caído en el interim no es, por supuesto, óbice para que estas instancias mediáticas legitimen las acciones de los terroristas en Irak o, en casos como el del degollamiento de rehenes, se las minimice comparándolas, no precisamente de manera desfavorable, con la acción de las fuerzas aliadas.

El factor “medios” se ha revelado especialmente poderoso con ocasión de la segunda guerra contra el Irak de Saddam Hussein y explica, a nuestro juicio, la estrategia tan diferente seguida por el dictador en su enfrentamiento con Occidente. Mientras que en la primera, Saddam Hussein siguió las reglas de una guerra convencional —que perdió— en la segunda, se esforzó por adaptarse a las de un conflicto de cuarta generación. Su esperanza de ganar la guerra no estaba en el resultado de las acciones militares propiamente dichas sino en el impacto que una determinada visión del conflicto ocasionara en los aliados de Estados Unidos y en la opinión pública. A diferencia del primer conflicto, Saddam Hussein no impidió la acción de los periodistas occidentales sino que la estimuló hábilmente conducida de tal manera que el ataque de la coalición fuera contemplado por centenares de millones de personas como una agresión imperialista dirigida contra un pacífico y pobre país. Semejante perspectiva era radicalmente falsa, ocultaba las raíces verdaderas del conflicto y colocaba en el papel de víctima a un peligroso agresor y genocida como Saddam Hussein. Ciertamente, el dictador iraquí no logró evitar la guerra ni la derrota pero dislocó la mal soldada alianza occidental y provocó crisis políticas de no escasa envergadura ayudadas por los propios medios de comunicación occidentales. Se trata de una advertencia para el futuro de importancia nada baladí.

Al fin y a la postre, esa actitud de los medios —que causa una satisfacción cercana al regodeo en el escrito citado de Al Qurashi— debilita enormemente la capacidad de resistencia de Occidente erosionada desde el interior y, en términos prácticos, la coloca en una cifra baja de víctimas a partir de la cual optará por aceptar la derrota. Por el contrario, ese planteamiento es inaceptable para el terrorismo islámico que cuenta, en potencia, con

centenares de miles de asesinos suicidas a los que piensa utilizar llegado el momento. Los ejemplos al respecto no son escasos. Es sabido cómo Estados Unidos perdió a miles de soldados en las playas de Omaha y Utah en Normandía pero, durante el mandato de Clinton, se retiraron de Somalia tras sólo perder 18 *rangers* en una emboscada. No se trató, desde luego, de una excepción. Cuando la aviación norteamericana comenzó a bombardear Serbia –un conflicto en el que la Unión Europea se manifestó inquietantemente ineficaz e impotente– Clinton excluyó la acción de tropas de tierra.

En resumen, Occidente es más poderoso militarmente y, en teoría, podría ganar la guerra si ésta se desarrollara como otras que se han sucedido a lo largo de los siglos. Sin embargo, con unos medios de comunicación que, consciente o inconscientemente, son antioccidentales y simpatizan con los terroristas convirtiéndolos en patriotas y luchadores por la libertad; con una opinión pública que no consentiría la utilización de todo el armamento convencional y mucho menos del nuclear; con un tope de víctimas, realmente no elevado, a partir del cual un gobierno se vería obligado a retirarse si no desea perder unas elecciones, y, finalmente, con un número de adversarios suicidas incalculable, Occidente está condenado a perder la guerra. Tarde o temprano se irá retirando de las distintas regiones del Globo y el islam obtendrá la victoria.

Desde el 11 de septiembre de 2001, el terrorismo islámico –de Al Qaeda y de otros grupos– no ha dejado de golpear objetivos occidentales en territorios que considera, muy discutiblemente, propios y el hecho de que Occidente haya obtenido la victoria en dos guerras convencionales brillantemente resueltas – Afganistán e Irak– no puede servir para opacar esa realidad. Un estudio pormenorizado de los atentados obliga a llegar a varias conclusiones. La primera es que los objetivos no son mayoritariamente militares sino ideológicos. Se ha atacado iglesias cristianas (una protestante en Islamabad el 17 de marzo de 2002; otra en Daska (Pakistán), el 25 de diciembre de 2002); misioneros cristianos (trabajando en una escuela en Murree (Pakistán), el 5 de agosto de 2002; atendiendo un hospital bautista en Yibla, Yemen, el 30 de diciembre de 2002; predicando el Evangelio en Líbano y Trípoli, el 7 de mayo de 2003); sinagogas -en Yerba (Túnez), el 11 de abril de 2002-; negocios occidentales

(trabajadores franceses de la DCN en Karachi (Pakistán), el 8 de mayo de 2002; trabajadores occidentales en un yacimiento petrolífero de Mareb (Yemen), el 18 de marzo de 2003, etc.; turistas occidentales (asesinato de 202 personas en Kuta (Bali), el 12 de octubre de 2002; 45 muertos –entre ellos cuatro españoles– en Casablanca (Marruecos), el 16 de mayo de 2002) y sedes diplomáticas y de organismos internacionales (muerte de 17 personas – entre ellas el capitán de navío español Manuel Martín Oar– en la sede de la Organización de Naciones Unidas (ONU) en Irak el 18 de agosto de 2003, etc.

Si los objetivos resultan claros y cuentan con precedentes numerosísimos en la historia del islam –los infieles, los que hacen negocios, los empleados de organismos internacionales y sedes diplomáticas– no lo son menos los lugares donde se han cometido los atentados. En general, se trata de zonas en las que los terroristas esperan sacudir a gobiernos islámicos más moderados –Yerba (Túnez), 11 de abril de 2002; Ammán (Jordania), 28 de octubre de 2002; Casablanca (Marruecos), 16 de mayo de 2003- o bien territorios en los que ansían la expansión Yakarta (Indonesia), el 6 de noviembre de 2001; *Idem*, 23 de septiembre de 2002; *Idem*, 24 de abril de 2003; *Idem*, 27 de abril de 2003; *Idem*, 5 de agosto de 2003; Calcuta (India), 22 de enero de 2002; Zamboanga (Filipinas), 2 de octubre de 2002; Kuta (Bali), 12 de octubre de 2002; Mali, 18 de agosto de 2003) o incluso en zonas totalmente islamizadas en las que resulta intolerable la simple presencia de un infiel Karachi (Pakistán), 23 de enero de 2002; *Idem*, 8 de mayo de 2002; *Idem*, 14 de junio de 2002; Murree (Pakistán), 5 de agosto de 2002; Daska (Pakistán), 25 de diciembre de 2002; Yemen, 6 de octubre de 2002; *Idem*, 18 de marzo de 2003). El número de víctimas en este breve período ha ascendido a centenares –en su mayoría occidentales y civiles– y han sido frecuente la utilización de terroristas suicidas para llevar a cabo los asesinatos. En todos y cada uno de los casos, se confirmó el aserto de que en cualquier lugar donde el islam es frontera existe un conflicto armado.

En el espacio de tiempo que siguió a la guerra del Golfo, quedó pues claramente de manifiesto el peligro que implicaba el terrorismo islámico, se produjo la caída del muro de Berlín y, por tanto, la desautorización de los análisis e interpretaciones realizados por el bloque comunista durante la guerra

fría y Occidente se ha visto enfrentado con más claridad que nunca a una guerra de cuarta generación desencadenada por grupos islámicos. Sin embargo, cuando en el año 2002, en Irak, tuvo que hacer frente a una amenaza de especial envergadura procedente del islam demostró, de manera inquietante, que no sólo no parecía haber aprendido las lecciones sino que además las predicciones de Al Qurashi, el lugarteniente de ben Laden, tenían buenas razones para considerarse posibles. España no sería una excepción – más bien todo lo contrario– a esa regla general y debe señalarse, con profundo dolor, que el 11-M ha sido una de las victorias más indiscutibles del terrorismo islámico durante décadas.

Hasta aquí la situación actual. Pero ¿existe alguna manera de conjurarla de cara al futuro y evitar la derrota? A nuestro juicio, sí es posible pero exige una clara conciencia por parte de las instancias políticas de que estamos en guerra y de que, a menos que demos los pasos adecuados, ese conflicto se saldrá con nuestra derrota. Las medidas para abordar esa situación que aquí proponemos no pretenden ser originales y más bien se sustentan en la experiencia que deriva de la historia militar.

En primer lugar, resulta imperativa una política de defensa –inexistente en estos momentos– que combine una remodelación modernizadora de las fuerzas armadas de cara a la amenaza islámica con una política exterior atlantista que fortalezca, de manera preferencial, nuestra alianza con Estados Unidos. En segundo lugar, es indispensable una labor educativa que no sólo tenga un tinte nacional sino que incluya además una revalorización social de las Fuerzas Armadas. Que esta circunstancia se produzca resulta indispensable y, hasta cierto punto, independiente de las guerras de cuarta generación, pero en las circunstancias actuales resulta indispensable. Si la opinión pública desconoce lo que está en juego y la necesidad de la acción de las Fuerzas Armadas, difícilmente asentirá a los sacrificios que toda guerra impone sobre la población. Finalmente, debe acometerse con gallardía el tema de la información. La experiencia nos dice que en una guerra ésta resulta esencial y en una de cuarta generación al parecer es decisiva. No parece de recibo que mientras están en juego las vidas de los componentes de nuestras Fuerzas Armadas los medios de comunicación publiquen textos que las pongan

en peligro, que erosionen su moral de combate o que actúen directamente contra los intereses nacionales. Más absurdo aún resulta que su labor se vea estorbada o imposibilitada incluso por esas acciones. Medidas de ese tipo posibilitaron las victorias aliadas en El-Alamein o Normandía y, a contrario sensu, su inexistencia hubiera significado terribles derrotas con enormes costes en vidas y bienes.

Como todos los conflictos armados a lo largo de la Historia, las guerras de cuarta generación exigen una adaptación de los gobiernos, los Ejércitos y las poblaciones a la nueva situación. Si ésta es reconocida, si es afrontada, si es combatida de la manera correcta, podemos como civilización conjurar la mayor amenaza que ha padecido Occidente desde la guerra fría. Si, por el contrario, volvemos la mirada hacia otra parte, nos dejamos enredar por los dictados de lo políticamente correcto y no respondemos de manera adecuada en las áreas política, militar y mediática, nuestra supervivencia como civilización se verá condenada. A fin de cuentas, Occidente no se enfrenta ahora al dilema de optar por la política de los halcones o de las palomas. Más bien se trata de que no practique la política del avestruz escondiendo la cabeza bajo tierra para no ver la incómoda y amenazante realidad.